ROBERTO SANTIAGO
SANTIAGO GARCÍA CLAIRAC

BAJO EL FUEGO DE LAS BALAS
PENSARÉ EN TI

PACO RIBERA

BAJO EL FUEGO DE LAS BALAS
PENSARÉ EN TI

© Roberto Santiago y Santiago García-Clairac, 2014

© de la edición: EDEBÉ, 2014
Paseo de San Juan Bosco 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Dirección editorial: Reina Duarte
Diseño de cubiertas: BOOK & LOOK
Fotografía de portada: Agencia Álbum / Documenta.
Obra de Paco Ribera (año 1937).
Fotografías interiores pertenecientes a los álbunes familiares de Joan Bó Bonet, Fernando Cortés García, Juana Martín Miguel y Francisco Navarro Bertomeu.
ISBN 978-84-683-1251-4
Depósito Legal: B. 2116-2014
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la Ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos - www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

BAJO EL FUEGO DE LAS BALAS
PENSARÉ EN TI

ROBERTO SANTIAGO
SANTIAGO GARCÍA-CLAIRAC

edebé

Entre julio y noviembre de 1938, tuvo lugar una de las mayores batallas de la Historia. En ella perdieron la vida cerca de cien mil combatientes de uno y otro bando.

Se desarrolló en el cauce bajo del valle del Ebro, entre la Terra Alta (Tarragona) y Mequinenza (Zaragoza).

Se enfrentaron en el campo de batalla hermanos contra hermanos. Constituyó el enfrentamiento decisivo de la guerra civil española.

Con el tiempo, se conocería como la **Batalla del Ebro.**

PERSONAJES

Rodrigo Sandiego Monsanto. Joven falangista.
Florencio Sandiego. Padre de Rodrigo.
Elena Sandiego. Hermana de Rodrigo.
Olivia Monsanto. Madre de Rodrigo
y esposa de Florencio.
Mariana Monsanto. Hermana de Olivia.
Gabino Monsanto. Abuelo de Rodrigo
y padre de Olivia y Mariana.
Dolores García (señora Monsanto). Abuela
de Rodrigo, madre de Olivia y Mariana
y esposa de Gabino Monsanto.
Alvarita. Criada de los Monsanto, en Burgos.
Sofía Palacios Pérez. Joven librera de Madrid.
Alfonso Palacios. Padre de Sofía.
Agustina Pérez (señora Palacios). Madre
de Sofía y esposa de Alfonso Palacios.
Rubén Gayarre. Amigo de la infancia de Sofía.
Francisco Cambero. Comisario
político, amigo de Florencio.
Pau. Compañero republicano de Florencio.
Esmer. Compañero republicano de Florencio.
Jordi Montaner. Tabernero de Barcelona.
***General Franco.** Jefe del gobierno
español en la zona nacional.
Teniente Castillo. Asistente de Franco.
***General Yagüe.** General franquista.
Mueller. Teniente coronel alemán.
Olga Mueller. Esposa del teniente coronel Mueller.
Cabo Montiel. Mando de Rodrigo
en el frente de Levante.

Terry. Soldado belga republicano.
***Teniente coronel Hans Khale.** Máxima autoridad militar de la XIV Brigada Internacional.
Sargento O´Brien. Mando de la barca de la XIV Brigada Internacional en la que cruza el río Florencio.
Tina Fez. Compañera de Elena en el Batallón Antifascista de Mujeres.
Andrea Somoza. Compañera de Elena en el Batallón Antifascista, hermana del teniente de comunicaciones del Cuartel General.
Capitán Andrés Miralles. Oficial directo de Florencio Sandiego.
Teniente Campos. Oficial republicano.
Comandante Durán. Mando del Batallón 22 del Cuerpo del Ejército Marroquí. También conocido como «el Carnicero».
Omar Amzi. Segundo oficial del Batallón 22.
Teniente Morales. Oficial que dirige el convoy de Mujeres Voluntarias.
Aparicio. Soldado franquista.
González Cano. Soldado republicano de guardia en uno de los puentes que cruza el río.
Amadeo Brines. Campesino de la Terra Alta.
Ginés Montesinos. Mercenario de Zaragoza.
Khaled Abdelmouaiz. Soldado regular del Batallón 22.
***Manuel Azaña.** Presidente de la Segunda República durante la guerra civil.
***John Leche.** Encargado de negocios británico.

Capitán Estrada. Oficial de la XXXIII Brigada Mixta del Ejército Popular.
Sargento Alonso. Asistente del coronel Mueller.
Tomás el de la Herradura. Veterinario de Camposines.

CAPÍTULO 1

VALENCIA
18 DE JULIO DE 1938

El mismo día y a la misma hora que Manuel Azaña, presidente de la Segunda República, daba un discurso en el impresionante salón del Consell de Cent del Ayuntamiento de Barcelona para conmemorar los dos años de resistencia frente a la sublevación militar, el joven falangista Rodrigo Sandiego mató por primera vez a un ser humano.

Ocurrió en la sierra de Javalambre. En el frente de Valencia.

Fue una muerte más de las muchas que se producían cada día en aquella guerra. Una más de las miles que se sumaban diariamente en esa conflagración de ideologías opuestas.

Y no hubiera tenido mayor importancia de no ser por lo que ocurrió a continuación.

Rodrigo sólo tenía dieciocho años.

Pero ya poseía una sólida formación castrense.

Militaba en el Movimiento Falangista desde los dieciséis.

Y se había alistado voluntario en el ejército franquista desde el primer momento en que estalló la sublevación militar contra la República.

Él luchaba por unas ideas.

Muchos de sus compañeros de filas luchaban por pura supervivencia. Por interés. O incluso por casualidad.

Él no.

Rodrigo tenía fuertes convicciones falangistas.

Estaba convencido de que aquélla era una guerra justa.

Más incluso: era una guerra necesaria para España.

Por eso, cuando aquella tarde de julio disparó su fusil máuser y mató a un enemigo de un tiro en el pecho, le sorprendió no encontrar ninguna satisfacción en aquel acto.

Al contrario.

Sintió náuseas. Un pequeño dolor en el estómago. Y un ligero mareo.

Cerró los ojos y pudo ver claramente el rostro del hombre que había matado. Sus ojos oscuros, aterrados, tal vez presagiando la bala que un par de segundos después iba a terminar con su vida.

Y por muchos años que pasaran, Rodrigo nunca jamás podría olvidar los ojos de aquel soldado republicano.

–Bien hecho –gritó el cabo justo detrás de él.

Rodrigo armó de nuevo su fusil.

Había matado al soldado que manejaba la ametralladora desde la trinchera enemiga.

Era una baja importante.

Aunque alguien le reemplazaría en la ametralladora, al menos durante unos instantes tenían un respiro.

Sin embargo, Rodrigo no podía pensar en nada de eso.

Tenía la vista nublada.

El ruido de la artillería a sus espaldas le empujaba a continuar.

A pesar de que eran morteros de su propio bando, de pronto aquel sonido le resultó aterrador.

Miró a izquierda y derecha y vio a sus compañeros empuñando sus fusiles, disparando, tan asustados o más que él.

Todo había perdido el sentido en un momento.

Aquello no era una lucha justa por unos ideales.

Aquello era una carnicería.

Y cuanto más durase, más personas iban a morir.

Así que hizo lo único que podía hacer: correr.

Sin pensar en lo que podría ocurrirle si avanzaba a campo descubierto, Rodrigo echó a correr hacia la trinchera enemiga como alma que lleva el diablo.

Podía ver a los soldados enemigos disparando. Las balas silbaban a su alrededor.

El cabo Montiel le miró como si se hubiera vuelto loco.

–¡Sandiego, vuelve aquí! –le gritó.

Pero Rodrigo siguió corriendo hacia la trinchera.

Los soldados republicanos, al verle corriendo hacia ellos, primero le dispararon, y luego, al ver que no se detenía, que seguía avanzando como un espectro poseído, huyeron.

Rodrigo corría y disparaba y gritaba.

Y no podía decirse quién estaba más sorprendido de su actitud, si los soldados enemigos, o sus propios compañeros.

Al fin llegó hasta la posición republicana y saltó sobre la trinchera, que acababa de ser abandonada.

Subió sobre los sacos que circundaban la trinchera, levantó los brazos en señal de victoria y gritó aún más.

Viendo lo que acababa de ocurrir, el cabo y el resto de su pelotón decidieron avanzar y seguir a Rodrigo. Había tomado la posición enemiga.

Al llegar a su lado, el cabo Montiel le preguntó:

–¿Qué te crees que estás haciendo?

–Acabar con esto –replicó Rodrigo como si fuera lo más normal del mundo.

Entonces notó un potente escozor en un brazo.

Se llevó la mano a la zona donde sentía el dolor y, al mirarse, pudo ver la sangre saliendo de su cuerpo.

Había recibido un disparo en el brazo izquierdo, un poco más arriba del codo.

En esos instantes, Rodrigo no era consciente de que acababa de convertirse en un héroe.

Había matado a un enemigo. Había expuesto su vida para tomar una posición clave. Había recibido un disparo. Y ni siquiera se quejaba.

Eso merecería una medalla y el reconocimiento de los mandos.

Pero Rodrigo no pensó en nada de eso.

Al ver la sangre saliendo de su cuerpo, sólo pudo pensar en una persona: en Sofía.

La chica que había cambiado su vida.

La vendedora de libros.

CAPÍTULO 2

MADRID
17 DE JULIO DE 1936

Aquel sábado, 17 de julio de 1936, hacía mucho calor en la Gran Vía de Madrid. El ambiente era sofocante y la crispación generada por la situación política se traducía en una tensión que se masticaba en la calle.

Cuando Rodrigo entró en la Casa del Libro, sudaba copiosamente y maldijo a Francisco Cambero por haber elegido precisamente ese día para presentar aquel dichoso libro en el que al parecer nombraba a su padre.

De mala gana, buscó a alguien que pudiera informarle. Al fondo había un hombre mayor que parecía muy ocupado atendiendo a un grupo de clientes; a la derecha, subida a una pequeña escalera, descubrió a una dependienta joven que le llamó la atención.

Era menuda, y ordenaba los libros con meticulosidad.

–Perdone, ¿dónde es la presentación del libro *Héroes de la República?* –le preguntó a la chica.

–Es ahí, en el salón del fondo –respondió ella, sin prestarle atención–. No hay mucho público, será por el calor.

–¿Puedo comprar un ejemplar?

–En el mostrador le atenderán, gracias.

Sin moverse de allí, Rodrigo echó un vistazo al mostrador, que estaba vacío. Unos metros más allá, junto al escaparate, volvió a ver al hombre mayor que atendía a un grupo de señoras. Ni rastro de otros dependientes.

De nuevo miró hacia la dependienta subida a la escalera.

Entonces la chica se volvió y sus miradas se cruzaron.

Rodrigo sintió una punzada en el estómago.

La dependienta tenía unos enormes ojos verdes, que a él le parecieron los más grandes y hermosos que había visto nunca en su vida.

Ella también se quedó paralizada por un instante.

Como si una descarga eléctrica le cruzara el cuerpo de arriba abajo.

Los dos jóvenes se quedaron inmóviles.

–Eres preciosa –dijo él.

–¿Perdona? –preguntó ella, riendo.

Rodrigo se puso completamente rojo. ¿Había dicho en voz alta lo que estaba pensando?

–Disculpa..., es que... el autor del libro es amigo de mi padre –dijo Rodrigo titubeando, intentando arreglar la situación, sin poder apartar la mirada–. Quiero que me lo firme... Y el otro dependiente está muy... Si no te importa..., le importa...

Ella sonrió al ver su desconcierto. Se sintió halagada. Había algo en aquel chico que le gustaba.

En ese momento ninguno de los dos lo sabía, pero aquel encuentro fortuito iba a cambiar para siempre sus vidas.

–Sígueme... –le dijo.

Rodrigo la siguió avergonzado. Llegaron a un expositor donde había una pila de ejemplares. Ella tomó uno y se lo mostró.

–Aquí lo tienes... *Héroes de la República.* Espero que te guste...

–¿Por qué no me iba a gustar? ¿Cree usted que no es apropiado para mí?

Ella le miró irónica y desafiante.

–Es un panfleto, pero vamos que a mí... Ah, puedes tutearme, todos los clientes lo hacen.

Rodrigo se quedó sin palabras. La explicación le dejó paralizado.

–Yo no soy...

–Son cinco pesetas –dijo ella.

Otra vez se le había adelantado.

–Claro, aquí las tiene... Las tienes...

La joven extendió la mano y tomó las monedas de Rodrigo.

–¿Crees que me lo firmará? –preguntó él.

–Seguro que sí. No ha venido mucha gente y muy pocos lo han comprado. Te lo firmará y, si se lo pides, te dará un beso.

–No te cae bien, ¿verdad?

Ella le miró directamente a los ojos.

–¿A ti te gusta? –preguntó la chica.

–No le conozco.

–Pues para no conocerle te esfuerzas mucho... Compras su libro, vienes a su presentación, quieres una dedicatoria...

–Es por curiosidad... En el libro habla de mi padre.

–¿Tu padre es un héroe de la República?

Rodrigo se encogió de hombros.

–Vas a llegar tarde –dijo ella.

Rodrigo asintió.

–Tu amigo Cambero está a punto de empezar... Por aquel pasillo....

Rodrigo vio cómo la chica se alejaba.

Y se dirigió hacia la zona habilitada para las presentaciones. Apenas una docena de personas ocupaba algunas sillas; a pesar

de que había sitio de sobra, prefirió quedarse de pie, detrás, sin llamar la atención.

Francisco Cambero, el autor, delante de un atril, hablaba y agitaba su libro.

Rodrigo miró a aquel hombre; no era como se lo esperaba.

Parecía un labriego, o un tipo curtido en el campo, no un escritor o un intelectual.

Cambero hablaba de la democracia y la libertad y la República, y de muchas otras cosas; hablaba de grandes conceptos y grandes ideales, pero Rodrigo no prestaba atención a sus palabras.

Aprovechó para hojear el libro. Enseguida encontró lo que buscaba. Su padre, Florencio Sandiego, aparecía como uno de los defensores de la Segunda República. Como uno de los muchos héroes que con sus sacrificios y sus esfuerzos había ayudado a construir esta nueva República.

Sintió una punzada en el corazón cuando vio el retrato familiar que ilustraba las páginas que había dedicado a su padre: «*Florencio Sandiego, su esposa Olivia, y sus hijos Elena y Rodrigo*», rezaba el pie de foto.

Cuando Cambero dio por terminado su discurso y se ofreció para firmar ejemplares, Rodrigo volvió a la realidad.

Después de una breve espera, llegó su turno.

–Señor Cambero, ¿conoce usted personalmente a Florencio Sandiego? –le preguntó.

–El camarada Sandiego ha entregado su vida entera por la República, algún día todos estos héroes que no aparecen en los titulares de los periódicos serán reconocidos. ¿A quién se lo dedico?

–A Rodrigo...

–¿Eres republicano? –le preguntó Cambero.

–No –dijo Rodrigo secamente–. Voy a ser falangista. Repudio vuestras ideas y todo lo que esto significa.

El escritor le miró con curiosidad.

–Entonces, ¿por qué lo compras? –quiso saber.

–No lo sé. Para quemarlo –replicó.

–¿Has venido a insultarme?

En ese momento, se escucharon gritos, voces de hombres y mujeres que discutían.

–¿Has venido con tus amigos a armar camorra?

–He venido solo –respondió Rodrigo.

Varios individuos estaban discutiendo con la dependienta que le había atendido.

–¡Aquí no se viene a montar bronca! –gritaba ella, impidiéndoles el paso–. ¡Esto es una librería!

–¡Estamos hartos de estos comunistas! –alegó uno, que llevaba un sombrero de ala ancha.

–Vamos a explicarle a ese Cambero lo que pensamos de su República... –añadió otro, bastante más joven–. ¡Apártate!

–¡Atrás! –ordenó la chica, oponiendo resistencia–. ¡Fuera de aquí!

Rodrigo pensó que la situación se estaba complicando y que ella sola no podía contenerlos. Así que no le quedó más remedio que intervenir.

–¡Atrás! –exclamó, bajando y acercándose–. El acto ha terminado y no se puede pasar.

–¿Quién eres tú para decirnos lo que tenemos que hacer? –replicó el del sombrero.

–Un cliente.

–¡Comunista! –le acusó otro, señalando el libro que Rodrigo llevaba entre las manos–. ¡Vamos a limpiar esta madriguera!

Esas palabras desencadenaron lo que vino después.

El del sombrero dio un empujón a la joven e intentó pasar. Ella se rebeló y se interpuso con más determinación, pero otro le dio un golpe en el hombro y la tiró al suelo.

A Rodrigo se le calentó la sangre al ver a la chica tirada en el suelo, y sin pensarlo se lanzó contra el tipo que la acababa de empujar.

A partir de ahí se sucedieron los gritos, empujones y golpes.

Hasta que sonó un disparo.

Todos se volvieron hacia las escaleras.

Allí estaba Francisco Cambero.

Con una pistola en la mano.

De nuevo Rodrigo pensó que, para ser un escritor, este Cambero era un tipo muy particular.

–Todo el que no haya venido a comprar un libro, ya puede irse –dijo sin pestañear.

Al principio nadie se movió.

–Las ofertas están en la planta segunda –añadió–, los demás circulando, ¡ya!

Y dio un paso al frente con la pistola.

El tipo del sombrero y sus amigos salieron atropelladamente de allí.

Se escuchó la sirena de la policía que se acercaba.

Rodrigo ayudó a Sofía a levantarse.

–Gracias –dijo ella.

–¿Cómo te llamas? –preguntó él.

–Sofía –dijo la chica, sin apartar la vista.

–Rodrigo –respondió él.

Cambero llamó entonces su atención.

–¡Tú! ¡El falangista! ¡Largo también!

Rodrigo le miró.

Luego volvió a mirar a Sofía.

Y salió de allí. Abriéndose paso entre el gentío que se había amontonado a las puertas de la Casa del Libro.

En esos momentos, Rodrigo no sabía que en pocas horas se

iba a producir un levantamiento militar contra el gobierno que daría paso a una guerra civil.

Ni que Cambero iba a ser uno de los comisarios políticos más importantes de esa contienda.

Tampoco sabía que en esa guerra iba a ser condecorado.

Lo único que sabía Rodrigo aquella tarde mientras avanzaba por la Gran Vía, dejando atrás la plaza de Callao, era que nunca olvidaría ese nombre: Sofía.

CAPÍTULO 3

BARCELONA
20 DE JULIO DE 1938

Florencio Sandiego, el padre de Rodrigo, tenía cuarenta y cuatro años, dos úlceras de duodeno y un revólver Nagant siete milímetros en el bolsillo.

–Paz –dijo, y se bebió de un trago un chupito de aguardiente–. Piedad –dijo, y se bebió otro chupito–. Y perdón –dijo por último, y se bebió un tercer chupito.

Por un instante, sintió un tremendo ardor en el estómago, como si tuviera un volcán a punto de explotar que le ayudaba a mantenerse vivo. Así que se acercó al dueño del bar y dijo:

–Ponme otro, Jordi.

Los dos hombres que le acompañaban, y que también parecían haber bebido bastante, rieron sonoramente.

–Es lo único que nos queda, beber y olvidar –sentenció un hombre con una enorme nariz como una berenjena, al que llamaban Pau.

–¡La República ha muerto, viva la República! –exclamó Florencio.

Y dio un trago.

–Aún estamos vivos –dijo el otro hombre, un tipo delgado y de ojos hundidos llamado Esmer–. Vivos y borrachos.

Y también bebió.

Aquel verano, en Barcelona, era muy frecuente encontrar discusiones políticas en las tabernas que a menudo terminaban en peleas. Y aquella tasca lo tenía todo para convertirse en un campo de batalla: suciedad, sillas y mesas medio rotas, botellas cubiertas de polvo y un propietario mal vestido, con una enorme cicatriz en un ojo llamado Jordi Montaner.

El desánimo se había apoderado de la ciudad y las disputas entre las distintas facciones de la República eran habituales. Cualquier palabra fuera de tono servía de excusa para enzarzarse. En realidad, las palabras eran como balas que se disparaban a placer, en cualquier dirección, en cualquier momento y contra cualquiera...

Lo peor era que las noticias sobre los triunfos enemigos llegaban cada día.

–Valencia a punto de caer en manos franquistas –dijo Pau–, Madrid sitiada, los ingleses y los franceses asustados, los rusos negociando con Hitler, ¿qué nos queda?

El padre de Rodrigo le agarró por la nuca.

–¿Sabes lo que nos queda?

Pau sintió el fuerte aliento de su amigo y no se atrevió a contestar.

–Esto nos queda.

Y sacó su viejo revólver Nagant.

–Un vaso de aguardiente y una pistola –dijo el padre de Rodrigo.

–Brindo por eso –dijo Esmer, y agarró su vaso.

Los tres volvieron a reír sonoramente.

Desde una esquina, Montaner los miró con indiferencia. Cada noche veía a muchos iguales a ellos. Soldados o civiles bebiendo, con la desesperación en los ojos. Ya estaba acostumbrado, había limpiado mucha sangre en su bar. A veces, pensa-

ba que la gente venía a su establecimiento precisamente a eso, a morir. De un balazo o de una pelea provocada por el alcohol, daba lo mismo...

Florencio Sandiego había nacido en Barcelona en 1894. Estudió Bellas Artes, y llegó a ser profesor de dibujo en la universidad, compaginándolo con su actividad en el sindicato CNT.

Se casó muy pronto, a los veintidós años, con una compañera del sindicato, Olivia; una joven de familia burguesa que había seguido sus propias inclinaciones políticas y que, desobedeciendo a sus padres, se había lanzado a colaborar con el Movimiento Obrero, y se había ido a vivir con Florencio.

Tuvieron dos hijos, Rodrigo y Elena.

Su esposa murió a manos de la policía en una manifestación en Asturias, ayudando a los mineros a defender sus derechos.

Desde entonces, Florencio se volcó en la lucha obrera y abandonó la universidad.

Su hija Elena había seguido sus pasos, y en estos momentos era voluntaria del Batallón Femenino Antifascista.

En cuanto a su hijo Rodrigo, llevaba años sin hablar con él. El chico siempre le había culpado de la muerte de su madre. A los quince años se fue de casa a vivir con sus abuelos a Madrid, los Monsanto. Florencio tenía la sospecha de que Mariana, la hermana de Olivia, había tenido mucho que ver con la decisión de Rodrigo de abandonarlos. Aunque era menor de edad, y aquello le dolió profundamente, Florencio consintió que su hijo, que tenía una voluntad de hierro, tomara sus propias decisiones. Era terco como su madre.

Desde el inicio de la contienda Floren, como le llamaban sus camaradas, había luchado en la campaña de Extremadura, y más tarde en la batalla del Jarama. Ahora estaba en la Reserva del Ejército Popular de la República. Y a sus cuarenta y cuatro años era todo un veterano que esperaba no tener que volver a

pelear. No tenía ánimo, fuerzas ni esperanza. Sus jefes le tenían por un idealista loco del que no podían fiarse, pero a él le daba igual y, a su manera, seguía en la lucha por la libertad.

–Paz, piedad y perdón –dijo una voz a sus espaldas.

Florencio y sus dos compañeros se dieron la vuelta.

Un hombre de edad similar a la de Florencio, con el rostro quemado por el sol, que acababa de entrar, los miraba desafiante. Echaba chispas por los ojos y parecía permanentemente enfadado.

–Veo que os estáis mofando del compañero presidente –dijo el recién llegado, con voz grave.

Florencio, antes de contestar, observó sus botas militares, que contrastaban con su ropa de civil. Debajo de la chaqueta, se adivinaba una pistola.

–Sólo estamos bebiendo –respondió Esmer.

–El discurso del compañero presidente no es cosa de bromas –dijo el hombre, sentándose junto a ellos–. Una botella de Bourbon, por favor.

Paz, piedad y perdón había sido el lema del presidente Azaña en ese segundo aniversario. Y aunque muchas facciones dentro de la coalición republicana no lo compartían, era el lema oficial.

–Es una manera de hablar –añadió Pau.

Florencio no dijo nada; sabía que aquel hombre no atendería a razonamientos.

Los ánimos estaban muy exaltados.

Y los comisarios políticos abundaban por doquier.

–¿No dices nada, camarada Floren? –le preguntó el hombre directamente.

Florencio tragó saliva.

Pensó que cualquier cosa que dijera podría ser usada en su contra.

Conocía bien a ese tipo.

Era Francisco Cambero. Un viejo conocido, compañero de muchas y diversas batallas en la vida. Republicano convencido.

Podría detenerle aunque fueran amigos.

Cambero era capaz de eso.

Y de muchas otras cosas.

–Los viejos tiempos han cambiado –dijo Florencio.

Cambero sonrió.

–Los viejos tiempos es posible –dijo–. Yo no.

Florencio levantó su vaso de aguardiente, apuntó a la vieja y desgastada bandera republicana que colgaba de la pared que había detrás de la barra, y exclamó:

–¡Por la República!

Y entonces ocurrió.

Se abrió la puerta de la taberna de par en par y entraron dos militares.

–Florencio Sandiego –dijo uno de ellos.

Florencio los miró desconcertado.

–Sí –balbuceó–. Soy yo.

Uno de los militares le entregó un papel y dijo de forma abrupta:

–Debe presentarse en el cuartel de la XIV Brigada Internacional a las seis de la mañana. Los veteranos tienen que reincorporarse.

Florencio leyó el papel pensando que debía de tratarse de un error. Él estaba en la Reserva.

–Hay una movilización general –añadió el militar.

–¿Por qué? –fue todo lo que acertó a decir Florencio.

–En el cuartel le informarán de todo.

Los soldados se fueron por la misma puerta por la que habían entrado.

Algo muy grave tenía que estar pasando si le llamaban de nuevo a filas.

Él había luchado con los brigadistas y los conocía bien, eran sus compañeros. Sabía que si le movilizaban era porque algo gordo se avecinaba.

Algo en lo que seguramente no querría participar.

Cambero se incorporó.

–Te vas al infierno, amigo –dijo.

–¿Qué sabes tú? –preguntó Florencio.

–Nada que te pueda contar. Ya lo descubrirás por ti mismo.

–¿Sigues escribiendo libros, comisario?

Montaner, desde detrás de la barra, contemplaba la escena con atención. Sabía perfectamente que, a pesar de ser amigos, Florencio y Cambero podían enfrentarse en cualquier momento. Ya había ocurrido otras veces.

–Cada uno tenemos un cometido en esta guerra –respondió Cambero, mientras observaba a Florencio–. Sigo luchando por lo mismo que tú. Aunque nadie crea en nosotros.

Y le tendió la mano.

Florencio se la estrechó. Le pareció fría y rugosa como una piedra, pero le gustó reencontrarse con su viejo camarada.

–Nadie valora nuestra lucha y pocos aprecian nuestra vida. ¿Para qué servimos?

–Para cumplir un cometido –dijo Cambero–. Para eso servimos.

–Como no sea el de cavar tumbas... y rellenarlas... –carraspeó Florencio–. No le veo yo mucha utilidad a lo que hacemos.

–Nuestro cometido es mantenernos vivos para servir a la República –replicó Cambero, dirigiéndose hacia la puerta–. No lo olvides, camarada. Te ordeno que te mantengas vivo.

–Lo intentaré –musitó Florencio–. Te daré material para que sigas escribiendo libros.

No sería la última vez que se verían.

Muy pronto, sus destinos volverían a cruzarse.

Más de lo que ninguno de los dos podía imaginar.

Los caminos de Florencio y el comisario Cambero estaban indisolublemente unidos desde hacía años.

Los dos lo sabían y no intentaban hacer nada para evitarlo.

Florencio leyó la orden que le habían entregado los soldados. Después miró a sus amigos Pau y Esmer.

–Estoy viejo para esto –se quejó–. Demasiado viejo.

Ninguno de los tres rio.

Sólo volvieron a llenar los vasos.

Florencio sintió un retortijón en las tripas y supo que las úlceras estaban haciendo de las suyas.

Lo peor de beber era que activaba los recuerdos.

Y eso no le convenía.

Pero no estaba dispuesto a dejarlo.

Estaba preparado para soportar todo lo que estaba almacenado en su memoria. Aunque eso fuese precisamente lo que le hacía beber más y más...